

## Triduo pascual

domingo 05 de abril de 2015

Víspera de su muerte. Atardecer en Jerusalén. Jesús cena con sus discípulos su última cena: Jueves Santo, día de la institución de la Eucaristía, día del amor fraterno. "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo". Había deseado ardientemente que llegase este momento, el de entregarse enteramente y convertirse para siempre en nuestro. Deseo de Dios mismo que anhela dárse nos como don, como regalo, como paz. Por ello, tomó el pan: "Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros". Después tomó el cáliz con el vino, y dijo: "Es la nueva Alianza en mi sangre derramada por vosotros". "Por vosotros", "por nosotros": ahí está todo. Ahí está nuestra esperanza, la esperanza para el mundo entero. "Por vosotros", es el amor de Jesús que nos redime y nos salva. Ahí está el amor de Cristo que se nos da en comunión para que nosotros, en comunión con Él, nos amemos y demos a los demás: "haced esto en conmemoración mía". No podemos participar en el banquete eucarístico si no tenemos caridad. Y no podemos tener caridad si no edificamos la comunidad cristiana sobre la Eucaristía: "Amaos como yo os he amado".



Pocas horas antes de ser entregado, la tarde en la que el huracán de la violencia se precipita sobre el Príncipe de la paz, Jesús mismo, manso y humilde, pacífico, se rebaja, se pone los atuendos de esclavo, la ropa de nuestra miseria, se arrodilla ante cada uno de sus discípulos, y les lava los pies. Así es Jesús: ahí está todo el sentido de su vida y de su pasión: despojarse de su rango, servir y no ser servido, inclinarse ante nuestros sucios pies, la inmundicia de nuestras vidas, lavarnos, purificarnos y acondicionarnos como comensales para que nos sentemos a la mesa con Dios que nos invita.

"Fracaso" de Viernes Santo: la mirada se centra en el Crucificado. Ajusticiado y condenado por leyes humanas, tras un proceso injusto, sin razón, como tantos condenados a lo largo de la historia. Ahí palpamos la gravedad de la miseria del pecado del hombre. En Jesús, humillado, destrozado y colgado de un madero, como "un varón de dolores", contemplamos a Dios que, porque tanto ama a los hombres, ha entregado su vida en su propio Hijo. La sangre de la cruz es la sangre de Dios. Ese es el precio de cada hombre; lo que vale a los ojos de Dios. Escándalo y locura de la cruz lo contrario del poder que oprime y aplasta o de la realeza que domina; lo contrario de la demostración apodíctica o de la sabiduría "razonable" que guarda la vida y busca seguridad, lo contrario de la eficacia y de la utilidad, lo contrario de los ideales abstractos o de las utopías alienantes, lo contrario de la huida fácil ante la miseria, lo contrario de la soberanía sublime e impasible de la divinidad alejada del sufrimiento conforme a nuestras ideas humanas espontáneas que de Dios interesadamente nos hacemos. "Todo está consumado. E, inclinando la cabeza, entregó su espíritu". Silencio de la cruz. Silencio de tantos crucificados a lo largo de la historia, amasados con la Cruz de Jesucristo. Viernes Santo de los tiempos actuales: miseria y hambre, violencia, de millones de hermanos en Irak, Paquistán, Nigeria, en la India, en Hispanoamérica, millones de criaturas no nacidas que no verán nunca la luz, desgraciados enganchados en la droga, enfermos desahuciados, ancianos abandonados, padres sin trabajo..., ese largo via-crucis que se une al de Jesús, lleno de sangres y heridas, lleno de dolor y envuelto en escarnio y abandono. Viernes Santo del siglo XXI incluido en el Viernes Santo de Jesucristo. Grito de socorro de nuestro tiempo en solicitud de ayuda al Padre. Grito transformado en oración al Dios siempre cercano. Pero ¿podremos orar con sincero corazón mientras no limpiemos la sangre de los vejados y no sequemos sus

lágrimas? ¿No es el gesto de la Verónica lo mínimo para que sea legítima nuestra oración? Jesús crucificado es la paradoja de un Amor que, desde la humillación, desgarró la tiniebla y el desorden establecido de este mundo, con la luz nueva que viene de Dios viviente que le resucita de entre los muertos y lo glorifica.

Sábado Santo: esperanza silenciosa en Dios, confianza en su poder y su fuerza. Dios conserva su poder sobre la historia y no la ha entregado a las fuerzas ciegas y a las leyes inexorables de la naturaleza. La ley universal de la muerte no es, aunque parezca lo contrario, el supremo poder sobre la tierra. No hay nada inexorable e irremediable; todo puede ser reemprendido, salvado, perdonado, vivificado. La muerte ha sido vencida. "No tengáis miedo", les dice el ángel a las mujeres que llegan al despuntar el alba al sepulcro en el que han puesto el viernes a Jesús para ungir su cuerpo. "No tengáis miedo. Sé que buscáis a Jesús el Crucificado. No está aquí. ¡Ha resucitado! No busquéis entre los muertos al que vive". Este es el gran anuncio, el gran pregón para todos los hombres de todos los tiempos y lugares. La crueldad y la destrucción de la crucifixión, y la pesada losa con que sellaron su tumba, no han podido retener la fuerza infinita del amor de Dios que se ha manifestado sin reservas en la misma cruz y ha brillado todopoderosa en el alba de la mañana de la resurrección. Los lazos crueles de muerte con que se ha querido apresarle para siempre al Autor de la vida, Jesucristo, han sido rotos, no han podido con El.

Vigilia de Pascua, Día de resurrección: Todo queda iluminado y revelado. Todo queda salvado. **Si no existiera la resurrección, la historia de Jesús terminaría con el Viernes Santo. Jesús se habría corrompido; sería alguien que fue alguna vez.** Eso significaría que Dios no interviene en la historia, que no quiere o no puede entrar en este mundo nuestro, en nuestra vida y en nuestra muerte. Todo ello querría decir, por su parte, que el amor es inútil y vano, una promesa vacía y fútil; que no hay tribunal alguno y que no existe la justicia; que sólo cuenta el momento; que tienen razón los pícaros, los astutos, los que no tienen conciencia. Muchos hombres, y en modo alguno sólo los malvados, quisieran efectivamente que no hubiera tribunal alguno pues confunden la justicia con el cálculo mezquino y se apoyan más en el miedo que en el amor confiado. De una huida semejante no nace la salvación, sino la triste alegría de quienes consideran peligrosa la justicia de Dios y desean que no exista. Así se hace visible, no obstante, que la Pascua significa que Dios ha actuado. "¡Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo!"

+ Antonio Cañizares Llovera  
Arzobispo de Valencia